

Mons. Julián López Martín
Obispo de León

**“EL QUE ESCUCHA LA PALABRA Y LA ENTIENDE,
ÉSE DARÁ FRUTO”
(Mt 13, 23)**

**Carta pastoral
ante el curso 2009-10**

León 2009

SUMARIO

SIGLAS USADAS.....	
INTRODUCCIÓN.....	
1. El nuevo <i>Plan pastoral diocesano 2009-2014</i>	
2. La parábola del sembrador.....	
a) La parábola y su significado.....	
b) La cuestión del porqué de la enseñanza en parábolas.....	
3. Aplicaciones de la parábola a nuestra vida.....	
I. LA PALABRA DE DIOS EN LA IGLESIA.....	
4. El amor a la Palabra de Dios, gran fruto del Concilio Vaticano II.....	
5. El amor a la Palabra de Dios entre nosotros.....	
6. El misterio de la Palabra de Dios.....	
7. Dios nos habla en la Sagrada Escritura.....	
8. Cristo resucitado, centro y clave de la Biblia.....	
9. La Iglesia, reunida por la Palabra de Dios y misionera.....	
10. El ministerio de la Palabra en la Iglesia.....	
11. La liturgia, lugar privilegiado de la Palabra de Dios que edifica la Iglesia.....	
II. ALGUNAS SUGERENCIAS.....	
12. La evangelización como anuncio actual del Evangelio.....	
13. La catequesis y otras formas de enseñanza fundamentadas en la Palabra de Dios	
14. La función de proclamar la Palabra de Dios en la liturgia.....	
15. El ministerio de la homilía.....	
16. Preparación y realización de la homilía.....	
17. La Sagrada Escritura en la familia.....	
18. La "lectura divina" de la Palabra de Dios y la Liturgia de las Horas.....	
19. Cómo hacer hoy la "lectura divina" de la Palabra de Dios.....	
20. La Palabra de Dios y la vida de los hombres.....	
21. A modo de conclusión.....	
22. Invitación en el Año sacerdotal.....	

* * *

SIGLAS USADAS

Las comunes de la Sagrada Escritura y de los documentos del Concilio Vaticano II. Más las siguientes:

BOO	“Boletín Oficial del Obispado” de León.
CCE	<i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> ,
CDC	<i>Código de Derecho Canónico</i>
NMI	S.S. Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i> , de 6-I-2001.
<i>Sínodo</i>	Diócesis de León, <i>Sínodo 1993-1995</i> , León 1996.

INTRODUCCIÓN

*“A vosotros se os ha concedido
conocer los secretos del Reino de los Cielos y a ellos no.
Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra,
y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene...
Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen.
Os aseguro que muchos profetas y justos
desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron,
y oír lo que oís y no lo oyeron”.*
(Mt 13, 11-12.16)

Queridos diocesanos:

Cuando nos disponemos a comenzar el curso 2009-2010 estrenando un nuevo *Plan pastoral diocesano* para el quinquenio 2009-2014, deseo dirigirme a todos los que formáis la comunidad católica de León, presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas, miembros de sociedades de Vida Apostólica e Institutos Seculares, alumnos de los Seminarios, integrantes de los movimientos de Apostolado Seglar y de las asociaciones de fieles, seculares en general y especialmente a cuantos colaboran en la misión de la Iglesia. Lo hago con las palabras del Señor que acabo de citar y que están enmarcadas en la parábola del sembrador. De esta bellísima parábola está tomado también el lema general tanto del nuevo plan pastoral diocesano 2009-2014, que se publica aparte y que sustituye al anterior¹, como del *Programa pastoral del curso 2009-2010*, a saber, “*El que escucha la Palabra y la entiende, ése dará fruto*” (Mt 13, 23).

1. El nuevo *Plan pastoral diocesano 2009-2014*

En efecto, el programa del próximo curso recoge las reflexiones y las líneas del sector prioritario para la acción pastoral que hace el n. VIII del nuevo plan y que se enuncia así: *Pastoral bíblica y animación bíblica de la pastoral*. Tanto el nuevo plan como el programa del curso 2009-2010 han sido sugeridos por la todavía reciente celebración de la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, en octubre de 2008, sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. Los documentos de trabajo de esta asamblea han tenido amplia difusión, de manera que los he procurado tenerlos en cuenta en esta carta pastoral. Es cierto que el Papa no ha publicado todavía la Exhortación Apostólica postsinodal como ha sucedido después de las anteriores asambleas sinodales. Pero, cuando este documento aparezca, nos encontrará mejor dispuestos para acogerlo y ponerlo en práctica. De este modo, a través del nuevo plan para el quinquenio 2009-2014 y del inmediato programa del curso 2009-2010, sintonizamos con la Iglesia universal y con las orientaciones del Papa Benedicto XVI, no sólo en relación con el tema de la Palabra de Dios sino también, en relación con el

¹ Diócesis de León, “*Para edificación de la Iglesia*” (1 Cor 14, 12). *Plan pastoral diocesano 2003-2008*, León 2003.

Año sacerdotal, inaugurado el 19 de junio de 2009 y que se extenderá hasta el mismo mes de 2010. Este año jubilar interesa no solamente a los sacerdotes sino también a todos los fieles cristianos.

Por otra parte, la aplicación del programa pastoral del curso ha de contemplar también la aplicación del *Plan pastoral 2006-2010: "Yo soy el pan de vida" (Jn 6,35). Vivir de la Eucaristía*² de la Conferencia Episcopal Española, y algunos importantes acontecimientos que se avecinan. En concreto, el paso durante 2010 por las diócesis españolas de la Cruz de los Jóvenes, coincidiendo con el Año Jubilar Compostelano y como preparación de las Jornadas Mundiales de la Juventud de 2011 en Madrid.

2. La parábola del sembrador

El *Plan pastoral diocesano 2009-2014* y el programa del próximo curso, como ya he indicado, tienen como lema la frase evangélica "*El que escucha la Palabra y la entiende, ése dará fruto*" (Mt 13, 23), en la que culmina la parábola del sembrador del *Evangelio según San Mateo* (Mt 13, 1-23). La frase contiene además una invitación al optimismo, dirigida a todos los destinatarios de la Palabra divina a pesar de las dificultades que podemos tener para acogerla, representadas en los diversos terrenos donde cae la semilla. En efecto, la Palabra de Dios es un don de valor inestimable que requiere la fe como relación personal con el Verbo-Palabra que es Jesucristo, de tal manera que sea posible el progreso espiritual en su conocimiento y vivencia y que, al dar fruto, unos den el treinta, otros el sesenta y otros el ciento por uno (cf. Mc 4, 20; Mt 13, 23). Porque la Palabra de Dios, como se verá, despliega su eficacia en la medida de las disposiciones de los destinatarios para que la semilla dé fruto.

Merece la pena, pues, detenerse en esta bellísima parábola para meditarla y extraer de ella las actitudes necesarias para llevar a cabo el *Plan pastoral*. San Mateo ofrece la parábola del sembrador al comienzo del *sermón de las parábolas*, intercalando entre ella y su explicación la cuestión sobre el significado de este modo de enseñar por parte de Jesús (cf. Mt 13, 3.10-17). El motivo aducido por el Señor para hablar con parábolas, lenguaje por otra parte habitual en los maestros de Israel y presente en la literatura de muchos pueblos de la antigüedad, proyecta una luz especial sobre la parábola del sembrador muy importante para nosotros.

a) La parábola y su significado

Dejando de lado las circunstancias del comienzo del *sermón*, la parábola habla de un sembrador que sale a sembrar, arroja la semilla y desaparece de la escena. La atención se centra en las incidencias de la siembra según la clase de terreno en el que cae la semilla: al borde del camino, en zona pedregosa, entre zarzas y en tierra buena. En cada caso se menciona el resultado obtenido, dependiendo este no de la cantidad o de la calidad de la semilla sino de las condiciones del suelo. Por eso, al borde del camino la semilla ni siquiera penetra en la tierra y es comida por los pájaros; en zona pedregosa y entre zarzas, aunque arraiga, apenas se desarrolla, al faltarle humedad o ahogada por las malas hierbas. Solamente da fruto la semilla que cae en tierra buena, pero la cosecha puede ser más o menos abundante. La parábola termina con la advertencia "*El que tenga oídos que oiga*" (Mt 13, 9), como indicando que, una vez

². Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, "*Yo soy el pan de vida*" (Jn 6,35). *Vivir de la Eucaristía*, Madrid 30 de marzo de 2006.

escuchada la parábola, es necesario reflexionar sobre su sentido y sobre el alcance que tiene para cada uno. Dicho de otro modo, es necesario que nos apliquemos la enseñanza de Jesús.

La explicación de la parábola, hecha por el mismo divino Maestro solamente a los discípulos y no a la muchedumbre (v. 10), después de responder a la pregunta sobre el porqué de este modo de enseñar, se centra también en lo que acontece con la siembra, no en otros posibles aspectos como, por ejemplo, el destino de la semilla, la actividad del sembrador, etc. (cf. Mt 13, 18-23). En efecto, el fruto de la siembra va a depender de las diferentes situaciones del terreno que recibe la semilla. Cada situación representa una categoría de oyentes o destinatarios de la *palabra del Reino*³. Estos pueden reconocerse en la tierra *al borde del camino*, en el *terreno pedregoso*, en el suelo cubierto de *zarzas* o en la *tierra buena* que da fruto. El final es muy significativo: frente al oyente que “*escucha la palabra del Reino sin entenderla*” (v. 19), “***el que escucha la palabra y la entiende, ése dará fruto y producirá ciento o setenta o treinta por uno***” (v. 23). El fruto, pues, es atribuido nuevamente, como en la parábola, a la tierra fértil de quien acoge suficientemente la *palabra*.

Se trata, por tanto, de *oír* y *escuchar*, pero sobre todo de *entender* la *palabra del Reino* para dar fruto. Ahora bien, mientras que en la parábola tan sólo se alude a la siembra de la *semilla* y a su resultado objetivo, nulo en las tres primeras situaciones y positivo en la cuarta, en la explicación se sitúa en primer término la recepción subjetiva y la diferente respuesta que se da a la *palabra* (cf. Mc 4, 14). De este modo, la explicación de la parábola se convierte en una profundización en el mensaje de esta, es decir, en una exhortación no sólo a acoger la *palabra* oyéndola o escuchándola sino también a *entenderla* o comprenderla no sólo con la mente sino, sobre todo, en el corazón.

En efecto, el que solamente escucha la *palabra* sin que su mensaje penetre en su alma, se queda sin la *palabra* misma, arrebatada por el diablo (v. 19). El que la recibe superficialmente, incluso con alegría, pero carece de constancia y de fortaleza, sucumbe a la primera dificultad pereciendo su fe (vv. 20-21). El que acoge la *palabra* con interés, pero la pospone a los afanes del mundo dejándose seducir por los bienes materiales (cf. Mt 6, 24-25), tampoco da fruto (v. 22). Tan sólo lo da el que, además de recibir la semilla, procura hacer suyo su mensaje, tratando de asimilarlo y de ponerlo en práctica (cf. Lc 11, 28; Ap 1, 3), es el que realmente *entiende* la *palabra* y da fruto. *Entender* significa, por tanto, situarse ante la *Palabra de Dios* con actitudes de apertura del espíritu, de humildad, de obediencia y, en definitiva, de auténtica fe y disponibilidad ante la voluntad del Señor, dejándose transformar interiormente por la fuerza de la semilla divina. La expresión *entiende la palabra* comprende, pues, todos los aspectos que lleva consigo la recepción de lo que Dios quiere decirnos a través de cualquiera de los medios y formas de ofrecernos su palabra, algunos de los cuales mencionaré más adelante. El gran modelo de la *inteligencia de la Palabra* es, como todos sabéis, la Santísima Virgen María⁴.

³ La expresión *palabra del Reino* hace referencia a la predicación de Jesús que anuncia la llegada del *Reino de Dios*, la buena nueva de la salvación, tema por otra parte que relaciona entre sí las parábolas de esta sección del Evangelio de San Mateo (Mt 13).

⁴ Véase: XII Asamblea general del Sínodo de los Obispos. *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. Instrumentum laboris*, Libreria Editrice Vaticana 2008, publicado también en BOO de julio-agosto de 2008, pp. 611-708 (= *Instrumentum laboris*), capítulo I, dedicado a *La identidad de la Palabra*

b) La cuestión del porqué de la enseñanza en parábolas

San Mateo ha unido estrechamente la explicación de la parábola del sembrador con la respuesta a la pregunta de los discípulos: -“¿Por qué *les* hablas en parábolas?” (v. 10). La curiosidad de los discípulos no se fija tanto en el hecho de que Jesús predique con parábolas, sino en que lo haga precisamente cuando habla a la muchedumbre. Para ellos, las parábolas no representaban una dificultad especial, pero sí para aquellas gentes incapaces muchas veces de captar su significado⁵. San Mateo ve en las parábolas un medio de instrucción de los discípulos en los *secretos del Reino de los cielos* como parte de su formación (v. 11), porque les ha sido otorgado este conocimiento. En cambio, a la muchedumbre no. ¿A qué se debe, pues, que Jesús, a pesar de todo, *enseña* también en parábolas a la muchedumbre? ¿Qué explica esta distinción, que incide ciertamente en la acogida de la *palabra* y, por tanto, en el fruto de la *siembra*?

Una primera respuesta se encuentra en los versículos 11-12: “*A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de los Cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene*”. Jesús, hablando en parábolas, actúa en coherencia con la revelación de los misterios (secretos) del Reino, reservada a los que Dios elige, entre los que se encuentran los discípulos pero no la muchedumbre. El sentido inmediato de la respuesta de Jesús se refiere a la explicación de la parábola, que solamente les da a ellos (cf. Mt 13, 18; Mc 4, 34), pero puede comprender también otras aclaraciones (cf. Mc 8, 30-33). En todo caso los discípulos de Jesús deben considerarse afortunados, porque son tratados como unos verdaderos iniciados en las realidades tocantes al Reino de Dios. En este sentido todos los discípulos somos verdaderamente afortunados, porque, al tener ya, recibiremos más. Pero no podemos olvidar la segunda parte de la sentencia: “*y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene*”, porque, en el fondo, el conocer la Palabra de Dios -los secretos del Reino- es un don de Dios que hemos recibido de forma gratuita. Ahora bien, aunque este conocimiento es un regalo divino, no elimina nuestro libre albedrío. De ahí que es un don que tendrá que dar fruto en nosotros y del que tendremos que dar cuenta, como se explica en otras parábolas de Jesús, por ejemplo, en la de los talentos (cf. Mt 25, 14-30). Nótese que esta parábola termina precisamente con la misma sentencia citada en la respuesta de Jesús a la pregunta sobre las parábolas (cf. Mt 13, 12).

Pero en la respuesta de Jesús hay una segunda parte: “*Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender*” (Mt 13, 13; cf. Mc 4, 12). Jesús habla a la gente en parábolas no con el objeto de que no vean ni escuchen y, por tanto, no entiendan, sino precisamente porque son incapaces de comprender. La ceguera y sordera de aquellas gentes, culpables al no tratar de abrirse al mensaje de Jesús, constituyen la verdadera causa de que hable con parábolas que, incomprensibles para ellos, castigan de algún modo su dureza de corazón. A continuación el evangelista introduce literalmente una cita del profeta Isaías que hace aún más explícito ese castigo

de Dios, especialmente el n. 25 que trata de *María, modelo de recepción de la Palabra para el creyente*. Véase también la propuesta n. 55 de las *Proposiciones para el Papa de la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos*, en BOO de sept.-oct. de 2008, p. 925.

⁵ En este punto las diferencias del texto de San Mateo respecto del de San Marcos son notables: cf. Mc 4, 1-20.

(cf. Is 6, 9-10). El profeta había recibido la misión de endurecer el corazón de aquel pueblo que rechazaba la palabra profética realizando así una forma de juicio divino. De este modo, las parábolas de Jesús entrañan una acusación contra quienes se obstinan en su ceguera y sordera ante la *palabra del Reino*. Al comienzo de su respuesta, el Señor había dicho: "*Al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene*" (Mt 13, 12; cf. 25, 29; Mc 4, 25; etc.)⁶.

3. Aplicaciones de la parábola a nuestra vida

En cambio, todos los que acojan debidamente esa *palabra*, se beneficiarán de la bienaventuranza que el Señor ha formulado también. Jesús habla no solamente para sus seguidores de entonces sino también para todos nosotros, queridos diocesanos, en la medida en que estemos dispuestos a acoger la semilla de la Palabra de Dios en nuestros corazones y a dejarla fructificar: "*Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron*" (Mt 13, 17; cf. Lc 10, 23-24). Se trata de un verdadero privilegio que ni siquiera los antiguos profetas y los justos de la Antigua Alianza pudieron disfrutar, pues también a nosotros nos ha sido concedido conocer los misterios del Reino (v. 11). Debemos por tanto considerarnos afortunados. Ahora bien, si se nos ha concedido "ver y oír", es para que tratemos de *entender la palabra*, es decir, de recibirla con gratitud y gozo en la mente y en el corazón, comprendiéndola y asimilándola profundamente como el mejor alimento espiritual, para ponerla después por obra. De otro modo no seremos *tierra buena*, capaz de dar fruto.

Al comienzo del curso 2009-2010, estrenando el nuevo *Plan pastoral diocesano 2009-2014* presentado en la VIII Semana de Pastoral, la parábola del sembrador viene a ser también una fuerte llamada a la responsabilidad de todos los miembros de nuestra Iglesia diocesana, sin exclusión alguna, para que, en la medida de las posibilidades de cada uno, tratemos de hacer realidad los citados proyectos. Esta responsabilidad no es distinta de la que tenemos ya como destinatarios y beneficiarios de la *palabra del Reino*, pues la acción pastoral se ha de basar necesariamente en la Palabra de Dios que alimenta la fe junto con la Eucaristía y los demás medios de santificación. El hecho de que algunos no comprendan esa *palabra* (v. 19) y que otros sí (v. 23), es el resultado de las íntimas disposiciones de cada uno, como he señalado antes. Por tanto, no es posible dar fruto si no existe en nuestro interior una actitud previa de escucha y de aceptación, necesariamente activa, de cuanto el Señor quiere decirnos. La inteligencia de la Palabra de Dios, con todo lo que supone de gracia divina y de iluminación del Espíritu Santo, requiere también nuestra cooperación.

El itinerario seguido durante los últimos años por nuestra Iglesia diocesana de León, marcado por el *Sínodo 1993-1995* y, últimamente, por el *Plan pastoral diocesano 2003-2008 "Para la edificación de la Iglesia"* (1 Cor 14, 12), tiene una gran semejanza con el camino de Emaús, en el que el Señor se hizo compañero de ruta de unos discípulos

⁶ Como comenta San Juan Crisóstomo: "*Esta sentencia del Señor está llena de oscuridad; sin embargo, en ella se nos muestra una inefable justicia. Lo que, en efecto, se nos quiere decir es esto: Al que es diligente y fervoroso, se le dará también lo que depende de Dios; mas al que no tiene diligencia y fervor ni hace lo que de él depende, tampoco se le dará lo que depende de Dios... Es lo que hacemos nosotros: si vemos que apenas se nos escucha y, por mucho que roguemos que se nos preste atención, no lo conseguimos, optamos por guardar silencio, puesto que, de obstinarnos en hablar, sólo lograríamos aumentar la falta de atención*": Hom. 45, 1, en *Obras de San Juan Crisóstomo, I. Homilias sobre el Evangelio de San Mateo (1-45)*, Madrid 1955, p. 857.

para hablarles al corazón y, después de sentarlos a la mesa eucarística, enviarlos a cumplir la misión de anunciar el Evangelio (cf. Lc 24).

La transformación de aquellos caminantes que "*reconocieron a Jesús en el partir el pan*" (Lc 24,35), se produjo mientras el Señor "*les explicaba las Escrituras*" (Lc 24, 32). La Palabra de Dios, anunciada por el Resucitado y comprendida bajo la luz del Espíritu Santo, convirtió aquel desconsolado viaje en un camino de esperanza. En nuestra Iglesia diocesana y en cada una de sus comunidades locales podemos sentir también la luz y el calor de la Palabra de Dios que nos congrega en torno a Jesucristo el Señor y que nos impulsa a anunciar y a realizar el Evangelio de la salvación para todos los hombres.

I

LA PALABRA DE DIOS EN LA IGLESIA

El nuevo *Plan pastoral* diocesano ha tenido en cuenta la celebración de algunos acontecimientos eclesiales durante el último quinquenio, entre los que sobresalen las asambleas del Sínodo de los Obispos dedicadas, respectivamente, a la Eucaristía (a. 2005) y a la Palabra de Dios (a. 2008). Ambas referencias recuerdan la iluminadora afirmación del Concilio Vaticano II: "*La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia*" (DV 21; cf. *Sínodo*, 80, 1). A la espera de la publicación de la Exhortación Apostólica postsinodal dedicada a la *Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*, deseo ofrecer unas reflexiones que puedan servir como orientación doctrinal para el curso 2009-2010 y como introducción al *Plan pastoral diocesano 2009-2014*. A falta del ansiado documento pontificio, procuro tener en cuenta los documentos del último Sínodo, especialmente el *Instrumentum laboris* (2008).

4. El amor a la Palabra de Dios, gran fruto del Concilio Vaticano II

Como todos reconocen, uno de los mayores frutos del Concilio Vaticano II (1962-1965) ha sido un mejor conocimiento y estima de las Sagradas Escrituras. El uso de las lenguas modernas en la liturgia, la abundancia de ediciones de la Biblia, el esfuerzo realizado en la catequesis, en la predicación, en la teología y en la espiritualidad, para fundamentarlo todo en la Palabra de Dios, han contribuido a un contacto cada vez más frecuente e intenso de todos los fieles con ella.

En efecto, el Concilio Vaticano II quiso restablecer "*una lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiada*" (SC 35) y dispuso que se abrieran con mayor amplitud "*los tesoros bíblicos de la Iglesia*" en la "*doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía*" (PO 18; cf. SC 51; DV 21). De este modo la Misa del domingo y de las grandes fiestas, con los tres ciclos de lecturas y la recuperación del Antiguo Testamento, al que se pone en relación con el Evangelio, asegura para la mayoría de los fieles que son asiduos a la celebración, un acercamiento más continuado y profundo a la Palabra divina. Acercamiento que algunos saben anticipar o prolongar en otros momentos, como la meditación, la *lectio divina* o lectura espiritual, los encuentros de

oración y las reuniones pastorales, los ejercicios piadosos, etc. Uno de los signos más palpables del contacto con la Palabra de Dios es la celebración comunitaria de la Liturgia de las Horas por parte de los sacerdotes, de los seminaristas, de las religiosas y de algunos grupos de laicos.

"La Palabra de Dios es ahora más conocida en las comunidades cristianas", escribió el Papa Juan Pablo II en 1988⁷. En efecto, después de más de cuatro décadas de la clausura del Concilio, *"la Palabra de Dios sigue el avance glorioso que comenzó"* (2 Ts 3, 1). Entre los frutos que la Palabra de Dios ha producido en la comunidad cristiana cabe señalar: *"la sustancial renovación bíblica en el ámbito litúrgico, catequístico y, fundamentalmente, exegético y teológico; la práctica incipiente pero fructuosa de la 'lectio divina' con modalidades diversas; la difusión del Libro Sagrado a través del apostolado bíblico y del esfuerzo de las comunidades, grupos y movimientos eclesiales; el número siempre mayor de nuevos lectores y ministros de la Palabra de Dios; la disponibilidad creciente de instrumentos y subsidios de la comunicación actual; el interés por la Biblia en ámbito cultural"*⁸.

5. El amor a la Palabra de Dios entre nosotros

En nuestra diócesis se puede apreciar también este avance descrito en términos generales⁹. Todos estamos convencidos de que la acción evangelizadora y pastoral, así como la renovación de la vida cristiana en nuestras parroquias y comunidades no se podrán realizar si no se da, entre los fieles pero especialmente entre los sacerdotes y los demás agentes de pastoral, un *"amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura"* (SC 24). En nuestros Centro Superior de Estudios Teológicos e Instituto Superior de Ciencias Teológicas, y en el Instituto Bíblico Oriental, se cuida y fomenta la formación bíblica de los alumnos. De la misma manera se procura apoyar en la Palabra de Dios la vida espiritual de los sacerdotes y de las religiosas en los retiros y en las convivencias. Factor importante es también la fundamentación de la acción pastoral en la Sagrada Escritura, especialmente en los diversos campos del ministerio de la Palabra, sin olvidar la acción social y caritativa y el apostolado seglar.

Pero todavía nos queda mucho por hacer en este campo¹⁰. A la abundancia de medios y al progresivo perfeccionamiento de los instrumentos de acceso a la Sagrada Escritura que poseemos hoy, no se corresponde aún una suficiente y más profunda familiaridad con la Palabra de Dios, de manera que ésta informe efectivamente el pensamiento, los proyectos de vida y la conducta de los cristianos. En el ámbito de la *catequesis* se ha producido una renovación extraordinaria de contenidos y de lenguaje desde el punto de vista bíblico, siguiendo el modelo del *Catecismo de la Iglesia Católica*, pero el aprovechamiento de esta realidad es todavía pequeño. En el ámbito de la enseñanza teológica y en las clases de Religión de los centros escolares el esfuerzo ha sido muy notable, si bien son muy importantes los retos que tiene hoy planteados la hermenéutica bíblica para superar el dualismo que a veces se da entre exégesis científica y lectura espiritual de la Biblia, o entre teología bíblica y teología sistemática. En las celebraciones litúrgicas la liturgia de la Palabra no está suficientemente cuidada, echándose en falta

⁷. S.S. Juan Pablo II, Carta Apost. *Vicesimus Quintus Annus*, de 4-XII-1988, n. 8.

⁸. *Instrumentum laboris*, n. 5.

⁹. Cf. *Sínodo*, 25, 1-3.

¹⁰. Véanse las reflexiones y sugerencias que se hacen en *Sínodo*, 81-87; etc., en torno a diversos aspectos del ministerio de la Palabra de Dios.

también en algunos lugares el ejercicio de la *función del lector* por fieles laicos. Acerca de la presencia de la Biblia en la familia, el Sínodo decía: “*El contacto directo con la Escritura ha estado ausente, durante siglos, de la vida ordinaria de la mayor parte de nuestros cristianos y de nuestras familias. Hoy nos acecha el riesgo de hacer de la Sagrada Biblia un objeto puramente comercial o de adorno doméstico*” (Sínodo, 82, 2).

La misma *predicación* resulta hoy muy difícil, no sólo para asimilar y articular los contenidos de las lecturas que se proclaman sino, sobre todo, para iluminar los hechos y las situaciones de los hombres y aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad permanente del Evangelio, como quería el Concilio Vaticano II (cf. PO 4). Resulta muy preocupante también la pobreza bíblica de la letra de los cantos que se usan en muchas celebraciones, ocasionada en parte por los mismos compositores que no ponen música a los textos de la liturgia, pero en buena medida también por la falta de criterios a la hora de seleccionar lo que se ha de cantar. Otro desafío no pequeño es el de dar una adecuada orientación bíblica a *las manifestaciones populares de la fe* y a *los ejercicios de piedad*, aunque se advierten también algunos progresos en este aspecto. En definitiva, lo que está en juego es la transmisión de la fe y una expresión genuinamente cristiana de lo que se vive y se celebra. Sólo cuando hay una auténtica proclamación y asimilación de la Palabra de Dios, se produce el encuentro efectivo entre el Evangelio y la vida.

Es de esperar que el programa pastoral del próximo curso prepare los ánimos para recibir la esperada Exhortación Apostólica del Papa dedicada a la última asamblea sinodal, de manera que se genere entre nosotros un mayor estímulo para acceder personal, familiar y comunitariamente a la Sagrada Escritura.

6. El misterio de la Palabra de Dios

En nuestro lenguaje habitual solemos hablar de la Palabra de Dios, de la Biblia, de la Sagrada Escritura, del Evangelio, etc. La Biblia, como todos saben, es el conjunto de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las expresiones son semejantes pero el contenido no es siempre idéntico. En rigor *Palabra de Dios* abarca más que *Sagrada Escritura*, que es la *Palabra de Dios escrita*. “*La Palabra de Dios, se ha dicho en el último Sínodo, es como un canto a varias voces, en cuanto Dios la pronuncia en muchas formas y en diversos modos (cf. Hb 1, 1), dentro de una larga historia y con diversidad de anunciadores, pero donde aparece una jerarquía de significados y de funciones*”¹¹.

A la luz de la revelación, la Palabra es, ante todo, el *Verbo eterno de Dios*, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo del eterno Padre (cf. Jn 1, 1-3; Col 1, 16). Pero “*la Palabra se hizo carne*” en Jesucristo (cf. Jn 1, 14), de manera que Él es *Palabra de Dios*, última y definitiva. Él es también el Evangelio de Dios para cada ser humano (cf. Mc 1, 1). Con vistas a Él, Dios habló a nuestros padres de muchas maneras por medio de los profetas (cf. Hb 1, 1) y, en los tiempos últimos, los Apóstoles, movidos e inspirados por el Espíritu Santo, continuaron la predicación de Jesús y de su Evangelio. Así la Palabra de Dios se expresa con palabras humanas en el *anuncio de los profetas y de los Apóstoles*. Finalmente, Palabra de Dios es la Sagrada Escritura, en la que ha sido fijada por divina inspiración la revelación divina centrada en Cristo (cf. 2 Tm 3, 15-16; 2 Pe 1, 19-21; DV 24). En efecto, la palabra de Cristo *resuena* en todas la

¹¹. *Instrumentum laboris*, n. 9. Véase también la propuesta n. 3 de las *Proposiciones*, cit., p. 889.

Sagradas Escrituras. Por eso, la Iglesia sabe que, cuando abre las Escrituras, encuentra siempre en ellas a Cristo, Palabra que ha salido de la boca de Dios (cf. Mt 4, 4) y pan verdadero venido del cielo (cf. Jn 6, 32; etc.).

Pero la Palabra de Dios no queda encerrada en la Escritura. Si bien la revelación ha concluido con la muerte del último apóstol (cf. DV 4), la Palabra revelada continúa siendo anunciada y escuchada en la historia de la Iglesia, que la proclama de manera especial en las diversas formas del ministerio pastoral: evangelización, catequesis, liturgia de la Palabra y servicio de la caridad. Pero, además, las verdades de la fe que enseña la Iglesia entran también en el ámbito de la Palabra de Dios en el sentido de que lo transmitido por la Escritura (y la Tradición eclesial) es acogido, custodiado y explicado autorizadamente por el Magisterio¹². Para comprender qué significa la Palabra de Dios, resulta revelador el episodio del centurión romano que se acercó a Jesús para pedirle la curación de un criado enfermo (cf. Mt 8, 5-13; y par.). Jesús se ofreció a ir a casa del centurión, pero éste comparó la palabra humana de un jefe o de un amo con la Palabra del Señor, convencido del poder de esta: *"Dí una sola palabra y mi criado quedará sano, porque yo tengo soldados a mis órdenes, y digo a uno, ven y viene, y a otro haz esto, y lo hace"* (Mt 8, 8). Si la palabra humana es capaz de obtener un resultado, cuánto más la palabra de Cristo, en la que descubrimos el poder de Dios, podrá curar y salvar a los hombres. Este poder lo reconoció también san Pedro cuando dijo a Jesús: *"Sólo tú tienes palabras de vida eterna"* (Jn 6, 68).

7. Dios nos habla en la Sagrada Escritura

Desde el principio Dios se ha manifestado al hombre y ha salido a su encuentro. La creación misma narra la gloria de Dios (cf. Sal 19 [Vg 18], 1). También ha hablado en los acontecimientos de la historia humana, especialmente en la formación del pueblo de la Antigua Alianza, al que confió la Ley y las promesas con vistas a Jesucristo, dando origen a la historia de la salvación en la que desveló progresivamente sus designios por medio de los profetas y en distintas etapas hasta que, en la plenitud de los tiempos, nos envió a su propio Hijo, consumándose así la revelación divina. Pero después de Cristo y del envío del Espíritu Santo, Dios ha querido *"que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones"* (DV 7). Surge entonces la misión de la Iglesia, confiada por el Señor a los Apóstoles, de predicar el Evangelio a todas las gentes y de bautizarlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28, 19; Mc 16, 15-16). Esta misión se realizó tanto por la predicación oral que comunicaba lo que los discípulos de Jesús habían visto y oído, como por la consignación por escrito, bajo la inspiración del Espíritu Santo, del mensaje de la salvación.

De este modo Dios sigue hablando hoy a los hombres, para que no les falte nunca el anuncio de los hechos cumplidos en Cristo (Evangelio) ni el recuerdo de los acontecimientos que los prepararon o de las profecías que los anunciaron (Antiguo Testamento), ni la explicación y la actualización de estos hechos en la Iglesia (Nuevo Testamento). Antiguo y Nuevo Testamento forman de este modo una sola economía de la salvación, pero el Evangelio significa la cumbre de la revelación divina y el eje de todo el ministerio de la Palabra (cf. DV 16-18)¹³. En este sentido, toda lectura de la Palabra de Dios y particularmente su proclamación litúrgica en la asamblea de los fieles,

¹². *Instrumentum laboris*, n. 16.

¹³. *Instrumentum laboris*, n. 17; véase también la propuesta n. 10 de las *Proposiciones*, cit., p. 893.

entraña una verdadera manifestación del Señor que actualiza de algún modo la historia salvífica y la hace avanzar hasta su consumación plena. Como enseña el Concilio Vaticano II: *"En la liturgia Dios habla a su pueblo, Cristo sigue anunciando el Evangelio; y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración"* (SC 33; cf. 7)¹⁴. Más aún, el Espíritu Santo, hace que la Palabra de Dios sea recibida con fe y produzca su fruto en el corazón de los creyentes y en la vida de la Iglesia. Él tiene la misión de ir recordando las enseñanzas de Jesús y de conducir a todos hacia la verdad completa (cf. Jn 14, 15-17.25-26; 15, 26-16, 15). Efectivamente, por la acción del Espíritu, *"la voz del Evangelio permanece viva en la Iglesia"* (DV 8; cf. 9; 21)¹⁵.

8. Cristo resucitado, centro y clave de la Biblia

Jesús mismo enseñó a sus discípulos la manera de acercarse a la Sagrada Escritura, es decir, a Él mismo como Palabra divina y eterna que se encarnó (cf. Jn 1, 14). Invitó a leer las Escrituras *"para conocerle a él y el poder de su resurrección en él"* (Fl 3, 10), y para saber ir, desde Él, hacia los tiempos de la promesa, es decir, al Antiguo Testamento (cf. Lc 24, 25-27.32.44-48), y para entrar en el Nuevo Testamento como continuación del Antiguo a través de Cristo. Jesús citaba los salmos y todas las Escrituras del Antiguo Testamento, aplicándolas a su persona y a su obra. Por eso mandó a sus oyentes: *"Escrutad las Escrituras, ellas dan testimonio de mí"* (Jn 5, 39), y nos dio ejemplo al ejercer como lector y como homileta en la sinagoga del Nazaret (cf. Lc 4, 16-21). Después de la resurrección, *"comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó (a los discípulos) lo que se refería a él en toda la Escritura"* (cf. Lc 24, 27), y les *"les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras"* (Lc 24, 44-45). Los hechos y palabras de Jesús, sus gestos y actitudes, pusieron siempre de manifiesto no sólo que *"Dios estaba con él"* (Hch 10, 38), sino que el Hijo es una sola cosa con el Padre de manera que escuchar a Jesús es escuchar al Padre y creer en Jesús es creer en el que lo ha enviado (cf. Jn 5,24; 6,40; Jn 10, 30; 17, 11.22). Además, el Padre había mandado solemnemente en la transfiguración de Jesús: *"escuchadle"* (Mt 9, 7).

El imperativo es categórico, y entraña una importancia extraordinaria. En el Antiguo Testamento había sonado ya una exhortación semejante, transmitida a Moisés, que nos ayuda a comprender mejor el significado del mandato del Padre en la Transfiguración de Jesús: *"Entonces el Señor me dijo: ...Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta como tú, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguno no escucha mis palabras, las que este profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas de ello"* (Dt 18, 17-19). Este profeta semejante a Moisés es el Mesías, Cristo Jesús (cf. Jn 1, 21). Pero Jesús es superior a Moisés, porque *"la Ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo"* (Jn 1, 17; cf. 1, 25.45; Hch 3, 22.26). La transfiguración confirmó a Jesucristo, Hijo y siervo revestido de gloria, como el nuevo y definitivo *legislador y profeta*. Significativamente, junto a Jesús aparecieron Moisés y Elías conversando con Él. Moisés representaba la Ley y Elías a los profetas, y ambos a las Sagradas Escrituras que llamamos Antiguo Testamento, es decir, a la revelación anterior a Cristo que culminó en Él¹⁶.

¹⁴. Por eso la liturgia es *lugar privilegiado de la Palabra de Dios*, que edifica la Iglesia: cf. *Instrumentum*, n. 34.

¹⁵. Cf. *ib.*, nn. 29; 30 y 34; y propuesta n. 5, en *Proposiciones*, cit., p. 890.

¹⁶. Cf. Mt 5, 17; 11, 13; Lc 24, 44; Jn 1, 45; Hch 13, 15; Hb 1, 1-2.

Por tanto, Jesucristo resucitado, el Señor *que da el Espíritu* (cf. Jn 19, 21-22; Hch 2, 32-33; etc.), es el centro de las Escrituras, de manera que toda lectura personal o comunitaria, meditación, estudio o proclamación y explicación que se haga de ellas, ha de girar necesariamente en torno a Él. *“En efecto, ‘esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo’ (Jn 17, 3). Esta relación sustancial entre la Palabra de Dios y el misterio de Cristo se configura, de este modo, en la Revelación como anuncio y en la historia de la Iglesia como profundización inagotable”*¹⁷. Esta centralidad cristológica de todas las Escrituras era especialmente estimada por los Santos Padres y tiene una importante aplicación en la catequesis y en la liturgia. La Biblia tiene, pues, en Jesucristo su unidad fundamental. Ejemplo de esta realidad es la relevancia, ya mencionada, que tiene la proclamación del Evangelio entre las demás lecturas: *“La lectura del Evangelio constituye el punto culminante de la liturgia de la Palabra; las demás lecturas, que, según el orden tradicional, hacen la transición del Antiguo al Nuevo Testamento, preparan a la asamblea reunida para esta lectura evangélica”*¹⁸. Gracias a la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, la liturgia romana dispone hoy, sin duda, del mejor *orden de lecturas* de su historia.

9. La Iglesia, reunida por la Palabra de Dios y misionera

El Dios que nos habla por medio de su Hijo Jesucristo, espera siempre una respuesta de nosotros. En efecto, la Palabra de Dios convocaba ya al pueblo de Israel (cf. Ex 12; 20, 1-2) y lo constituía en asamblea litúrgica (cf. Ex 12; Hch 1-2) como pueblo de su pertenencia, para anunciar a todo el mundo las obras de Dios: *“Calla y escucha, Israel. Hoy te has convertido en el Pueblo del Señor tu Dios. Escucha la voz del Señor tu Dios, y pon en práctica los mandatos y preceptos que yo te prescribo hoy”* (Dt 27, 9-10; Sal 95[94], 1.7-8; Hb 3,7-11). Y, en efecto, el pueblo del Antiguo Testamento se reunía cada año en el santuario, ante el arca de la Alianza, para escuchar la lectura de la Ley del Señor, palabra permanente, y renovar su adhesión y su fidelidad. El arca contenía las tablas de la Ley y el vaso del maná, alimento espiritual para el pueblo (Ex 25, 10-16; Dt 10, 1-5). La misma realidad, llevada a su plenitud por Cristo, se aprecia también en el Nuevo Testamento (cf. Jn 6, 31-35). En la última Cena, después de haber ofrecido su Cuerpo y su Sangre para la Alianza nueva y eterna, Jesús apeló también a la fidelidad a su palabra: *“Si me amáis, guardad mis mandamientos”* (Jn 14, 15); *“el que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él... La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado”* (Jn 14, 23.24).

La Iglesia, nuevo pueblo de Dios, está llamada a escuchar continuamente la Palabra divina y a ponerla en práctica (cf. Jn 14, 15; Rm 10, 8-17), porque ha de vivir de esta palabra. En la asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985, se denominó a sí misma *“Iglesia bajo la Palabra de Dios que celebra los misterios de Cristo para la salvación del mundo”*¹⁹. En efecto, la Iglesia nace y vive de la Palabra de Dios como se pone de manifiesto en el siguiente pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* acerca de lo sucedido en Antioquia con Pablo y Bernabé que *“a su llegada reunieron a la iglesia y se pusieron a contar todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe”* (Hch 14, 27)²⁰. Pero, además, la Palabra de

¹⁷. *Instrumentum laboris*, n. 11.

¹⁸. *Orden de lecturas de la Misa, Orientaciones al Leccionario* (en todas las ediciones del mismo), n. 13.

¹⁹. *Relación final, Sínodo 1985. Documentos*, Madrid 1986; cf. *Sínodo*, 79; 88; etc.

²⁰. *Instrumentum laboris*, n. 27.

Dios vivifica siempre a la Iglesia y la sostiene a lo largo de la historia nutriendo su doctrina y su espiritualidad, orientando su acción pastoral, moviéndola a renovarse y alentándola en las diversas Iglesias particulares de los cinco continentes, pues “*en ellas se encarna progresivamente, transformándose en alma vivificadora de la fe de tantos pueblos, fundamental factor de comunión, fuente de inspiración y de transformación de las culturas y de la sociedad*”²¹.

Por eso toda comunidad cristiana ha de sentirse Iglesia de Cristo, congregada para *escuchar su palabra*, como hizo María, la hermana de Marta y de Lázaro, sentada a los pies del Maestro (cf. Lc 10, 39.42), y como hicieron los discípulos del Señor “*con María la Madre de Jesús*”, en la espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14). Pero, además, la Iglesia, *pueblo de la Palabra*, está caracterizada por la misión recibida del Señor de anunciar el Evangelio a todas las gentes (cf. Mt 28, 18-20), para que todos los hombres, sea cual sea el pueblo de su procedencia o su expresión cultural, vengan a formar parte de la comunidad de los discípulos de Jesucristo (cf. Hch 2, 1-11). El Señor, a quien le fue “*dado todo poder en el cielo y en la tierra*” (Mt 28, 18), quiso compartir su propia misión con aquellos a los que eligió para enviarlos por todo el mundo a “*predicar el Evangelio a toda criatura*” (Mc 16, 15), y a “*hacer discípulos de todos los pueblos, bautizándoles... y enseñándoles a guardar todo lo que les había mandado*” (Mt 28, 19-20; cf. Lc 24, 47; Hch 26, 17-18). En este sentido, todo bautizado y confirmado es servidor de la Palabra, y puede decir como San Pablo: “*¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!*” (1 Cor 9, 16; cf. Rm 10, 14-15). La Palabra de Dios no se ha recibido realmente, si el que la escucha no se hace mensajero del Evangelio y portador de ese anuncio de salvación para los hombres²².

10. El ministerio de la Palabra en la Iglesia

La predicación apostólica y, en definitiva, la misión de anunciar el Evangelio es llamada *diaconía gloriosa del Espíritu* por San Pablo (cf. 2 Cor 3, 8-9) o sencillamente *ministerio* (cf. Hch 1, 17.25; Rm 11, 13; 1 Tm 1, 12). Esta misión, recibida inicialmente por los Apóstoles, ha sido encomendada después en grado diverso a distintos sujetos en la Iglesia, según la voluntad de Cristo, a los que ya desde antiguo se llamaron obispos, presbíteros y diáconos (cf. LG 28). Por eso, aunque todos los fieles cristianos están llamados, como se ha dicho antes, a dar a conocer el Evangelio de Jesucristo a los creyentes y a los no creyentes (cf. Col 3,16; 1 Pe 3,15)²³, es a los Obispos y a sus colaboradores los presbíteros y los diáconos, a quienes compete en primer término el ministerio de la Palabra en virtud del sacramento del Orden²⁴. Por eso, la primera función que nos corresponde a los que hemos sido ordenados es la de anunciar la Palabra de Dios (cf. LG 28; CCE 1564), como ponen de relieve los actuales ritos de la ordenación del Obispo, de los presbíteros y de los diáconos. No en vano la Palabra de Dios suscita la fe y alimenta la vida cristiana, tanto en sentido personal como comunitario.

Ahora bien, este ministerio “*que incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana y en puesto privilegiado la homilía, recibe de la palabra de*

²¹. Ib. n. 28; cf. n. 29.

²². Cf. *Instrumentum laboris*, nn. 42-43; y propuesta n. 38, en *Proposiciones*, cit., p. 914. Véase también *Sínodo*, 13; 14; 15; 17; 19; etc. Sobre el tema de la misión remito a Mons. J. López Martín, “*Id y haced discípulos*”(Mt 28,19). Carta pastoral ante el Curso 2006-2007, León 2006.

²³. Cf. LG 10; 35; CCE 904-907.

²⁴. Cf. LG 26; 28; 29; CCE 888-892; 1558; 1564-1565; 1570; *Instrumentum laboris*, nn. 48-49; *Sínodo*, 25; 79; 81, 1; 89,1-3; 336, 1; 342, 1-2; etc.

la Escritura el alimento saludable y por ella da frutos de santidad" (DV 24). En efecto, entre los múltiples aspectos que encierra el ministerio de la Palabra, es preciso destacar su valor como fuente de santificación para los que han de ejercerlo. Conviene tenerlo presente en el *Año sacerdotal* y siempre, ya que son numerosos los santos pastores que desempeñaron provechosamente para su pueblo, y aun para ellos mismos, este ministerio. Se puede citar, por ejemplo, a San Bernardo, Santo Domingo de Guzmán, San Antonio de Padua, San Juan de Ávila, San Vicente de Paúl, San Juan María Vianney. En todos ellos se puede comprobar lo que el Concilio Vaticano II propone para todos los presbíteros: *"Por ser ministros de la Palabra de Dios, leen y escuchan diariamente la Palabra divina, que deben enseñar a otros; y si al mismo tiempo procuran recibirla en sí mismos, irán haciéndose discípulos del Señor cada vez más perfectos"* (PO 13). Los santos pastores se santificaron porque, consagrados y configurados a Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, le imitaron perfectamente siendo sus portavoces y sus testigos con la palabra y con la conducta. Por eso, el modelo acabado del que ha de predicar la Palabra divina será siempre Jesucristo en su ministerio público, desde que lo inició en Galilea (cf. Mc 1, 14 y par.) hasta que lo consumó en Jerusalén, devolviendo, ya en la cruz, al Padre la palabra que había recibido en el Bautismo (cf. Mc 15, 37 y par.). A este respecto resulta significativa la insistencia con que el Evangelio se refiere a la actividad evangelizadora y docente de Jesús, al que con toda verdad le da innumerables veces el título de *Maestro* (cf. Jn 11, 28). El *Evangelio según San Marcos* se complace en presentarle enseñando constantemente y suscitando una gran admiración, porque *"enseñaba con autoridad"* (Mc 1, 21). El Señor no se cansaba de hablar tomando comparaciones de la vida ordinaria y con parábolas que explicaba más tarde a los discípulos (cf. 2, 13; 4, 1-34; 6, 1-2; etc.). Al ver a la gente, *"se compadecía de ellos porque los veía como ovejas sin pastor... y se ponía a enseñarles con calma"* (6, 34).

Por todos estos motivos, el ejercicio del ministerio de la Palabra en la Iglesia no es un simple acto de comunicación ni responde a una necesidad psicológica o social de expresar unos pensamientos o de compartir unas experiencias personales, ni es tampoco un simple ejercicio de retórica. Estos factores, interesantes desde el punto de vista de la finalidad humana de la palabra y que deben ser tenidos en cuenta para una mayor eficacia comunicativa del mensaje del Evangelio, no constituyen sin embargo la razón de ser ni las motivaciones de fondo del ministerio de la Palabra. *"La misión de predicar ha sido confiada por la Iglesia a los presbíteros como participación en la mediación de Cristo, y se ha de ejercer en virtud y según las exigencias de su mandato: los presbíteros, 'partícipes, en su grado de ministerio, del oficio de Cristo, el único Mediador (cf. 1 Tm 2,5), anuncian a todos la Palabra divina'"*²⁵. Por tanto el ministerio de la Palabra está dotado también de *autoridad* en orden a la transmisión del mensaje de la salvación a los hombres y a la enseñanza de la fe de la Iglesia.

11. La liturgia, lugar privilegiado de la Palabra de Dios que edifica la Iglesia

Sin ánimo de reducir la presencia de la Palabra de Dios a la celebración litúrgica, puesto que la Iglesia toma en sus manos continuamente la Sagrada Escritura, no es menos cierto que *"la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el Obispo, rodeado de su presbiterio y ministros"* (SC 41; cf. 42). Por este motivo,

²⁵. Juan Pablo II, *Catequesis en la audiencia general* del 21-IV-1993, en "Ecclesia" 2632 (1993), p. 733.

todas las Iglesias de Oriente y Occidente han reservado un puesto relevante a la Sagrada Escritura en todas las celebraciones, siguiendo el ejemplo de Jesús y el modelo de la sinagoga, heredera de las antiguas asambleas de renovación de la Alianza en las que se leía a todo el pueblo la Ley del Señor, ya mencionadas. Desde el principio, la liturgia cristiana ha seguido la práctica de proclamar la Palabra de Dios en las reuniones de oración y, en particular en la Eucaristía (cf. Hch 2, 42).

Hacia el año 155, en Roma, San Justino es testigo de que la Eucaristía dominical comenzaba con la liturgia de la Palabra, en la que se leían *"los recuerdos de los apóstoles y los escritos de los profetas"* y se hacía la homilía²⁶. La *liturgia de la Palabra* comprendía ya varias lecturas y salmos y el Evangelio como cumbre, al que seguía la homilía y la oración de los fieles que, desde entonces, aparecen en todas las liturgias locales. De este modo, siguiendo el año litúrgico y especialmente los domingos, se celebra íntegro el misterio de Cristo, se hace memoria de la Santísima Virgen María y de los Santos, y se viven otros acontecimientos de la vida de la comunidad, como los sacramentos, las exequias y otros sacramentales (cf. SC 102-106). Y se pone de manifiesto también que los destinatarios de la Palabra divina no son únicamente los fieles aislados, sino la comunidad congregada, la Iglesia en oración, es decir, el pueblo de Dios reunido por la Palabra divina y por el Espíritu Santo, que crece y se desarrolla como cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12, 12-27; Rm 12, 4; etc.) y templo del Espíritu (cf. 1 Cor 3, 9-17; 6, 19; etc.)²⁷. Por otra parte, *"el encuentro con la Palabra de Dios acontece, para una gran mayoría de los cristianos en todas partes del mundo, solamente en la celebración eucarística dominical"*²⁸

Como se ha dicho antes, *"en la liturgia Dios habla a su pueblo... y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración"* (SC 33). La celebración es un verdadero diálogo entre Dios y su pueblo. La certeza que la Iglesia tiene de este diálogo, la ha llevado a no omitir nunca la lectura litúrgica de la Palabra de Dios, *"leyendo cuanto se refiere a Cristo en toda la Escritura"* (Lc 24, 27; SC 6) y a venerar con honores rituales el Evangelionario, de modo análogo a lo que hace con la Eucaristía (cf. DV 21). Ahora bien, el *Leccionario de la Palabra de Dios* es mucho más que un libro litúrgico, es el modo normal, habitual y propio, según el cual la Iglesia lee y proclama en las Escrituras la palabra viva de Dios siguiendo los diferentes *hechos y palabras de salvación* cumplidos por Cristo, y ordenando en torno a estos hechos y palabras los demás contenidos de la Biblia. El Leccionario aparece como una prueba de la interpretación y profundización en las Escrituras que la Iglesia ha hecho en cada tiempo y lugar, guiada siempre por la luz del Espíritu Santo.

²⁶. I Apol., 67, en D. Ruiz Bueno, *Padres Apologistas*, Madrid 1954, p. 258.

²⁷. La edificación de la Iglesia (cf. 1 Cor 14, 21) fue el tema central y unificador del *Plan pastoral diocesano 2003-2008*, desarrollado en los programas anuales de esos años. Remito, por tanto, a estos programas que desarrollaron diversos aspectos y a la cartas pastorales que escribí como presentación.

²⁸. *Instrumentum laboris*, n. 33; cf. n. 34. Véase también la propuesta n. 14, en *Proposiciones*, cit., pp. 896-897. Y *Sínodo*, 84; 85; etc.

II ALGUNAS SUGERENCIAS

En esta segunda parte quiero referirme a algunas de las acciones que se pueden proponer o llevar a cabo según el programa pastoral del curso 2009-2010. No son las únicas posibles²⁹. Las presento siguiendo una lógica coherente con lo expuesto en las páginas anteriores.

12. La evangelización como anuncio actual del Evangelio

“La predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir por la Sagrada Escritura” (DV 21). Obviamente, la acción evangelizadora como primer anuncio de Jesucristo y, en sentido amplio, en cuanto transmisión de la verdad revelada a través de la predicación, de la catequesis, de la celebración de los sacramentos y de otras formas de transformar desde dentro y de renovar a la misma humanidad, ha de basarse en la Palabra de Dios. Hoy nadie duda que entre la Biblia y la evangelización, en sus diversas formas, existe una relación muy estrecha. En efecto, la evangelización tiene *“como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo, una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios”*³⁰. El Evangelio de salvación que resuena en toda la Escritura es el mensaje esencial y el fundamento de toda la acción evangelizadora. Por eso, aunque toda la Escritura habla de Cristo (cf. Jn 5, 39), como ya se ha recordado, son los cuatro Evangelios los que contienen la narración de los hechos y de las palabras realizados por el Señor para salvarnos, y en particular de su muerte y resurrección, centro de la historia de la salvación y verdadero núcleo de la predicación apostólica (cf. 1 Cor 15, 1-5; Hch 2, 22-24; etc.). De ahí la importancia para todos los cristianos de llegar al *“sublime conocimiento de Jesucristo”* (Flp 3, 8) a través de los Evangelios, corazón de todas las Escrituras³¹.

Por medio de la evangelización la Iglesia realiza hoy la misión de Jesús, llamando a los hombres a la conversión y procurando que la vida de todos los discípulos de Cristo sea un testimonio de la presencia salvadora de Dios en todo lugar y en todo tiempo. Pero,

²⁹ Véanse, a lo largo de todo el *Instrumentum laboris* de la Asamblea sinodal de 2008, los números encabezados con el título de *Incidencias pastorales*, en los que se concretan aspectos prácticos de la doctrina expuesta inmediatamente antes. Las propuestas enviadas al Papa contienen también abundantes sugerencias operativas que, sin duda, el Santo Padre hará suyas y perfilará en la oportuna Exhortación Apostólica.

³⁰. S.S. Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, de 8-XII-1975, n. 27; cf. n. 22. Véase también *Sínodo*, nn. 7-12; 13-17; etc.

³¹. *Instrumentum laboris*, n. 52.

además, la acción evangelizadora de la Iglesia se desarrolla hoy en medio de un ambiente de debilitamiento de la fe y de increencia cada día más extendida. Esta realidad hace necesario un sincero y valiente examen de algunos de los procedimientos pastorales habituales entre nosotros para verificar su eficiencia, pero, sobre todo, se precisa un esfuerzo de revitalización del espíritu religioso y misionero de nosotros mismos y de nuestras comunidades³².

13. La catequesis y otras formas de enseñanza fundamentadas en la Palabra de Dios

La catequesis como "educación en la fe de los niños, de los jóvenes y de los adultos, que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada de modo orgánico y sistemático con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana" (CCE 5), está orientada hacia la vida plena de los fieles en la Iglesia y en el mundo. Por este motivo su contenido, su fuente, su norma y su inspiración no pueden ser otros que la Palabra de Dios, transmitida mediante la Escritura y la Tradición con la ayuda del Magisterio de la Iglesia³³. Esta realidad condiciona no sólo el carácter propio de la catequesis como acción pastoral que ha de transmitir el mensaje auténtico del Evangelio de la salvación, sino también el estilo y el lenguaje que se deben emplear para educar en la fe y en la vida cristiana.

La fe y su transmisión y explicación requieren el lenguaje propio de la fe y, en este sentido, de la catequesis. *"El primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo. En esta línea la catequesis es una auténtica introducción a la 'lectio divina', es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha según el Espíritu que habita en la Iglesia. Las Escrituras permiten a los cristianos hablar un lenguaje común. Es normal que a lo largo de la formación, se aprendan de memoria ciertas sentencias bíblicas, en especial del Nuevo Testamento, o determinadas fórmulas litúrgicas, que son expresión privilegiada del sentido de dichas sentencias bíblicas, así como otras plegarias comunes"*³⁴.

La catequesis debe partir del contexto histórico de la revelación divina, para presentar personajes y acontecimientos del Antiguo y del Nuevo Testamento a la luz del designio de Dios. Pero no debe utilizar tan sólo los relatos, sino también los oráculos de los profetas, la enseñanza sapiencial y, muy especialmente, los grandes discursos evangélicos. En particular la presentación de los Evangelios, mencionados más de una vez, ya que *"son el testimonio principal de la vida y de la doctrina del Verbo encarnado, nuestro Salvador"* (DV 18), debe provocar un auténtico encuentro vital con Cristo, poseedor de la clave de las Escrituras y que transmite la llamada de Dios, a la que cada uno debe responder. La Palabra de Dios ha de iluminar, pues, toda la acción catequética, para que los destinatarios se dejen interpelar por ella, la conozcan en profundidad y la vivan orientando por ella toda su existencia. Por eso la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más se impregne y transmita el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas.

³². Conferencia Episcopal Española, *"Para que el mundo crea"*. Plan pastoral (1994-1997), Madrid 1994, pp. 17-25.

³³. Cf. S.S. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, de 16-X-1979, nn. 26-27 y 30. Véase también el *Directorio general para la Catequesis*, Ciudad del Vaticano 1997, nn. 94-95; *Instrumentum laboris*, n. 44-45; y la propuesta n. 23, en *Proposiciones*, cit., p. 903. Sobre la catequesis en general en nuestra diócesis véase *Sínodo*, nn. 20-23; 54-72; etc.; y el *Directorio pastoral de la Iniciación cristiana*, León 2007, especialmente nn. 20-21 y 40-42.

³⁴. Sínodo de los Obispos de 1977 sobre la Catequesis de nuestro tiempo, *Mensaje al Pueblo de Dios*, n. 9.

No se puede olvidar que la catequesis, que tiene su origen en la confesión de fe bautismal (cf. CCE 14; 189; etc.) y que conduce a la confesión de la fe en la celebración, en el testimonio y en la vida espiritual y moral, ha consistido siempre en el desarrollo de cuatro grandes *pilares*: el *Símbolo* (la profesión de la fe), los *sacramentos* (la celebración), los *mandamientos* y las *bienaventuranzas* (la vida moral), y el *Padrenuestro* (la oración)³⁵. Estos *pilares* contienen lo esencial de la Sagrada Escritura y, al mismo tiempo, el criterio de su interpretación en los diferentes ámbitos de la vida cristiana. La catequesis, sobre todo la que está al servicio de la Iniciación cristiana, acompañada de la celebración de los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía (y de la Penitencia), ha de tener las características del catecumenado postbautismal para todos aquellos que han recibido el Bautismo en las primeras semanas siguientes a su nacimiento, como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*, pues “no se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona” (CCE 1231)³⁶.

Aunque tiene características y metodología propias, la *docencia de la Religión* en el marco de la enseñanza escolar, por su especial importancia cultural, ha de reunir también algunas de las características que acabo de señalar en relación con la Sagrada Escritura como fuente principal y referencia imprescindible³⁷. Por otra parte, junto con una palabra de gratitud y de estímulo para los exégetas y los teólogos, quiero invitarles no sólo a una recíproca colaboración en la investigación y en la docencia sino también a una atención esmerada a las orientaciones que, sobre todo en la última asamblea sinodal, se han hecho no sólo sobre el conocimiento y el uso de los métodos de interpretación de la Escritura, que debe culminar en la plenitud dada por el sentido espiritual del texto sagrado, sino también sobre la importancia de una buena formación bíblica para los sacerdotes actuales y futuros, y aun para todos los demás agentes de pastoral y colaboradores de la misión de la Iglesia³⁸.

14. La función de proclamar la Palabra de Dios en la liturgia

La lectura de la Sagrada Escritura en las celebraciones litúrgicas es un verdadero servicio a la Palabra de Dios y a la asamblea de los fieles. La figura de Jesús en la sinagoga de Nazaret ilumina esta función y ayuda a descubrir su importancia. En efecto, Jesús “según su costumbre entró el sábado en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura; le entregaron el libro del profeta Isaías, y desenrollándolo, dio con el pasaje donde está escrito...” (Lc 4,16-17). La función de leer la Palabra divina a la comunidad eclesial reunida para la celebración litúrgica, es una mediación necesaria en el diálogo entre Dios y su pueblo, de manera que el lector o lectora es el último eslabón para que llegue a los hombres lo que Dios ha querido comunicar en las Escrituras Santas. La proclamación de la Palabra de Dios se sitúa también bajo la acción del Espíritu Santo³⁹.

³⁵. Véase la estructura del *Catecismo de la Iglesia Católica*, descrita en los nn. 13-17.

³⁶. Sobre el carácter catecumenal que ha de tener la catequesis postbautismal al servicio de la Iniciación cristiana, véase *Directorio pastoral de la Iniciación cristiana*, cit., n. 6-b; 20-21.

³⁷. Cf. *Instrumentum laboris*, n. 45.

³⁸. Cf. *Instrumentum laboris*, nn. 40 y 49-52; véanse también las propuestas nn. 25-28 y 32-33 de las *Proposiciones*, cit., pp. 904-907 y 909-911.

³⁹. “En la tradición alejandrina hay una doble epiclesis, es decir una invocación del Espíritu antes de la proclamación de las lecturas y una segunda después de la homilía: es el Espíritu que guía el presidente en la misión profética de comprender, proclamar y explicar adecuadamente la Palabra de Dios a la asamblea y, paralelamente, lo lleva a invocar una justa y digna recepción de la Palabra de parte de la comunidad reunida”: *Instrumentum laboris*, n. 34; cf. nn. 37; 50; etc.

En todas las parroquias y comunidades debería haber algunas personas, normalmente laicos, hombres y mujeres que, debidamente preparados, ejerzan de manera habitual esta función en la liturgia de la Palabra. El diácono y el presbítero no deben hacer las lecturas y recitar el salmo, habiendo personas religiosas o seglares que puedan hacerlo. Otra cosa es el Evangelio, reservado al diácono y, en la falta de éste, al presbítero. Recuérdense el criterio apuntado ya en el Concilio Vaticano II de que *"en las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas"* (SC 28).

Pero es preciso realizar la función de leer la Palabra de Dios con actitud decorosa, sentido de lo que se hace, preparación personal y conocimiento de algunas técnicas de la comunicación. *"Por amor a esta Palabra y por agradecimiento a este don de Dios, el lector litúrgico tiene que hacer un acto de entrega y un esfuerzo diligente. Si su voz no suena, no resonará la palabra de Cristo; si su voz no se articula, la Palabra se volverá confusa; si no da bien el sentido, el pueblo no podrá comprender la Palabra; si no da la debida expresión, la Palabra perderá parte de su fuerza. Y no vale apelar a la omnipotencia divina, porque el camino de la omnipotencia, también en la liturgia, pasa por la encarnación"*⁴⁰.

La proclamación de las lecturas por aquellas personas que han sido designadas para moderar las celebraciones dominicales y festivas en ausencia del presbítero merece un reconocimiento especial, porque va acompañada de otras funciones litúrgicas tales como dirigir la oración común y pronunciar algunas plegarias, incluso leer la homilía que ha preparado el párroco y dar algunas explicaciones a modo de moniciones que ayuden a comprender los textos bíblicos. Para desempeñar esta importante función, es conveniente una preparación próxima, como puede ser conocer y meditar en clima de oración las lecturas que se van a hacer, además de poner en práctica las sugerencias que se hagan en los encuentros periódicos de carácter diocesano para un más provechoso ejercicio de esta función de suplencia del sacerdote.

El aprecio que una comunidad siente por la Palabra de Dios se pone de manifiesto también por el esmero con que trata el *Leccionario de la Palabra de Dios* y, en particular, el *Evangelionario*, libro muy recomendable para las celebraciones dominicales y festivas, a fin de llevarlo en la procesión de entrada y darle los honores litúrgicos que le corresponden. Así mismo, la dignidad del ambón, su visibilidad e iluminación, el cuidado en los ritos que acompañan la proclamación de las lecturas, los espacios de silencio recomendados, la consistencia del libro, la belleza de su encuadernación y su colocación abierto en un lugar visible, etc., hablan también de la importancia que se da a estos signos relacionados con la presencia de la Palabra divina en la Iglesia.

15. El ministerio de la homilía

En el mismo contexto de la asamblea litúrgica que escucha y celebra la Palabra de Dios, sobresale la homilía como *la forma más destacada de la predicación* (cf. CDC, c. 767, &1), ya que es *"parte de la misma liturgia, en la que se exponen durante el ciclo del año litúrgico los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana"* (SC 52). Por este

⁴⁰. L.A. Schoekel, *Consejos al lector*, en "Hodie" 17 (1965), p. 82; cf. *Sínodo*, 85, 3.

motivo la homilía está reservada al ministro ordenado, es decir, al Obispo, al presbítero o al diácono. Tan sólo en las misas con niños y en las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero, un catequista o el laico que dirige la celebración puede comentar la Palabra de Dios o dar lectura a la homilía preparada por el sacerdote. La homilía, cuya finalidad es ser "*un anuncio de las maravillas de Dios en la historia de la salvación, es decir, del misterio de Cristo, que está siempre presente y obra en nosotros, sobre todo en las celebraciones litúrgicas*" (SC 35,2), es uno de los modos de la presencia del Señor en la acción litúrgica, como afirma el Papa Pablo VI: "*(Cristo) está presente en su Iglesia que predica, puesto que el Evangelio que ella anuncia es la Palabra de Dios y solamente en el nombre, con la autoridad y con la asistencia de Cristo, Verbo de Dios encarnado, se anuncia...*"⁴¹.

El mismo Señor aparece constantemente en los Evangelios desempeñando el ministerio de la predicación a partir de la homilía en la sinagoga de Nazaret, cuando "*los ojos de todos estaban fijos en él*" (cf. Lc 4, 20), hablando a la muchedumbre desde una barca (cf. Lc 5, 3), exponiendo a solas a sus discípulos el sentido de las parábolas (cf. Mc 4, 34; etc.), o explicando el cumplimiento de las Escrituras a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 32). En el Nuevo Testamento los Apóstoles, enviados a predicar el Evangelio (cf. Mc 15, 15 y par.), aparecen continuamente ejerciendo esta misión y, en algunos casos, en un marco claramente litúrgico, como el bautismo en casa de Cornelio, o la predicación de San Pablo en Tróade (cf. Hch 20, 7-11). Algunos textos han podido tener incluso su origen en una verdadera homilía bautismal, como sucede con la I *Carta de San Pedro* (cf. 2, 1-10; 3, 17-22; etc.).

En la penúltima Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, dedicada a la Eucaristía en la vida y en la misión de la Iglesia (a. 2005), se habló ya y se insistió mucho también en la importancia de este género específico de predicación, así como en la necesidad de una esmerada preparación para ejercerlo. El *Instrumentum laboris* de aquella Asamblea afirmaba al respecto: "*Una parte importante de la liturgia de la Palabra es la homilía, pronunciada por el ministro sagrado con la finalidad de ayudar a los fieles a adherirse con la mente y con el corazón a la Palabra de Dios. Para alcanzar tal objetivo, muchos aconsejan homilías mistagógicas, que permitan introducir a los fieles en los misterios sagrados que se están celebrando*". Antes, en referencia a la aparición del Señor a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35), se recuerda la unidad y la relación indisoluble entre la Palabra y la Eucaristía⁴². En la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, el Papa Benedicto XVI dice a propósito de la homilía: "*La necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, ésta 'es parte de la acción litúrgica'; tiene el cometido de favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles*"⁴³.

Hacer una buena homilía no es fácil, porque en sí misma no es una catequesis, ni una exposición sistemática de la fe, ni una exhortación moral, ni un panegírico de un santo

⁴¹. S.S. Pablo VI, Encíclica *Mysterium Fidei*, de 3-IX-1965, n. 20.

⁴². XI Asamblea general del Sínodo de los Obispos. *La Eucaristía en la vida y en la misión de la Iglesia. Instrumentum laboris*, Libreria Editrice Vaticana 2005, n. 47. El mismo documento propone también las denominadas *homilías temáticas*, entendidas como presentación, durante el curso de un año litúrgico, de los grandes temas de la fe cristiana. Véanse también el *Instrumentum laboris* de 2008, nn. 37; 44; etc. ; y la propuesta n. 15, en *Proposiciones*, cit., pp. 897-898.

⁴³. S.S. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal "*Sacramentum caritatis*" sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, de 22-II-2007; Libreria Editrice Vaticana 2007, n. 46.

ni un elogio fúnebre. No obstante, la homilía ha de estar impregnada de sentido evangelizador y catequético, inspirándose en los textos de la liturgia, especialmente en las lecturas. *"La homilía vuelve a recorrer el itinerario propuesto por la catequesis y lo conduce a su perfeccionamiento natural, al mismo tiempo que impulsa a los discípulos del Señor a emprender cada día su itinerario espiritual en la verdad, en la adoración y en la acción de gracias... La predicación, centrada en los textos bíblicos debe facilitar, a su manera, que los fieles se familiaricen con el conjunto de los misterios de la fe y de las normas de la vida cristiana"*⁴⁴.

16. Preparación y realización de la homilía

Lo específico de la homilía dirigida a los fieles en el marco de la acción litúrgica, es mostrar la íntima conexión entre la Palabra divina como anuncio de la salvación, y el acontecimiento sacramental que se está celebrando, de manera que los fieles perciban que las maravillas obradas por Dios en otro tiempo y referidas en las lecturas, se cumplen y se actualizan *aquí y ahora* en los sacramentos y aun en la vida de cada día. Al mismo tiempo la homilía contribuye a aplicar la Palabra de Dios a las circunstancias concretas de los hombres (cf. PO 4). El homileta debe iluminar sobria e inteligentemente las situaciones y las necesidades de la comunidad y de los fieles para que, ellos mismos, acojan la Palabra divina y la lleven a la práctica de forma que el anuncio del mensaje no haya sido en vano.

La homilía requiere una preparación remota y próxima esmerada, en la que no pueden faltar el estudio, la reflexión y la oración. Mons. Ricardo Blázquez, en su intervención en la asamblea sinodal de 2008, hacía estas preguntas para facilitar la preparación de la homilía en un contexto de oración: *"¿Qué dicen las lecturas que serán proclamadas en la celebración? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo yo, como pastor que presidiré la celebración, comunicar a los participantes en la Eucaristía, teniendo en cuenta las circunstancias en que se desarrolla la vida de la comunidad?"*⁴⁵. En efecto, sin entrar en detalles de las lecturas y menos aún en las cuestiones exegéticas, es preciso sacar a la luz los aspectos más esclarecedores para la fe y más estimulantes para la vida personal y comunitaria de los fieles. El mensaje bíblico debe conservar su carácter de buena noticia de salvación, ofrecida por Dios y cumplida en la Iglesia, en la acción litúrgica y en la vida de los hombres.

Para preparar así la homilía es precisa una adecuada formación bíblica y litúrgica, en la que se tengan en cuenta los principios hermenéuticos, entre los que sobresale la unidad en Cristo de toda la Escritura de la que ya se ha hablado (cf. *supra*, n. 8). El homileta debe tener también conocimiento de la situación concreta de los fieles y no descuidar tampoco la necesidad que tienen también de que se les ofrezca una adecuada formación de la fe y de la conducta moral. En efecto, en el curso del año los textos bíblicos que se proclaman y otros textos de la liturgia del día favorecen también la referencia doctrinal en la predicación homilética, incluyendo también temas dogmáticos y morales⁴⁶. El *Catecismo de la Iglesia Católica* puede prestar una gran ayuda en este sentido.

⁴⁴.S.S. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, cit., n. 48.

⁴⁵. *Intervención en el Sínodo*, en el "Boletín Oficial del Obispado de Bilbao", noviembre 2008, p. 1368. Estas preguntas han sido recogidas en la propuesta n. 15 de las *Proposiciones*, cit., pp. 897-898 (cf. *supra*, nota 37).

⁴⁶. Cf. *Instrumentum laboris*, n. 37.

La homilía debe realizarse, además, de una manera sencilla, coloquial y cercana, como si fuera una conversación del padre de familia con sus hijos. La posesión de algunas técnicas para hablar en público y para servirse del micrófono, ayudará también al homileta a desempeñar de manera más eficaz su misión.

17. La Sagrada Escritura en la familia

La familia cristiana es un espacio muy adecuado para acercarse a la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, para iniciar a los más jóvenes en la *lectura* personal y comunitaria de la Sagrada Escritura. Pero se da la paradoja de que en numerosos hogares se ha adquirido o se ha recibido como regalo un ejemplar a veces espléndido de la Biblia, quizás con ocasión del matrimonio o de la celebración de otros sacramentos, ejemplar que reposa cerrado entre otros libros que parecen estar de adorno. Quizás falten hoy hábitos de lectura, como consecuencia del predominio de los medios audiovisuales y de la profunda transformación en los métodos de enseñanza. Pero también se echa en falta la práctica religiosa y la oración en el seno de los hogares. Especialmente en los matrimonios jóvenes, se advierte con pena un gran vacío espiritual y una ausencia casi total de vida de fe, que se traducen en la incapacidad para desarrollar la misión de los padres en el despertar religioso de los niños y para ser los primeros educadores en la vida cristiana de sus hijos. Aun en el caso de padres que piden los sacramentos para sus hijos, y solicitan para ellos la formación religiosa en la Escuela pública. A la familia se le está poniendo cada día más difícil su papel, incluso en nuestros pueblos y parroquias, donde todavía conserva una gran fuerza como espacio humano, social y solidario.

Por eso, se hace necesario volver a la plegaria familiar, que han de hacer juntos el marido y la mujer, la madre con su hijo pequeño antes de acostarlo, los padres y los hijos juntos en la mesa, especialmente en algunas ocasiones, como la Navidad, los aniversarios gozosos, los acontecimientos que jalonan la vida de los hijos, las enfermedades y los fallecimientos⁴⁷. Las oraciones del cristiano, entre las que sobresalen el Padrenuestro y el Avemaría, el Santo Rosario, y algunas invocaciones breves o jaculatorias, son bíblicas o se inspiran en la Sagrada Escritura. Pero, además, no sería muy difícil tomar en las manos ese casi olvidado ejemplar de la Biblia y leer directamente en él, a solas o en familia, la narración de los hechos de la historia de la salvación, las parábolas del Reino, los milagros de Jesús y los testimonios de la Iglesia de los primeros tiempos, dialogando después e improvisando una sencilla oración en la que aparezca lo que se ha leído.

Pido a los sacerdotes y a los catequistas, a los movimientos de apostolado seglar, especialmente a los que trabajan en el ámbito familiar, y a los grupos parroquiales de adultos o de matrimonios que insistáis en el valor de la lectura de la Palabra de Dios y de la oración en familia y que preparéis materiales sencillos y fáciles para realizarlas. “*Un medio privilegiado para el encuentro con Dios que nos habla es la catequesis dentro de las familias con la profundización de alguna página bíblica y la preparación de la liturgia dominical*”⁴⁸.

18. La “lectura divina” de la Palabra de Dios y la Liturgia de las Horas

⁴⁷. Véase lo que dice sobre la plegaria familiar el Papa Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, de 22-XI-1981, nn. 59-60.

⁴⁸. *Instrumentum laboris*, n. 51; véase la propuesta n. 20, en *Proposiciones*, cit., p. 901; y *Sínodo*, 82, 1-6.

Se conoce como *lectio divina*, que algunos llaman también *lectura creyente*, la práctica realizada ya en los primeros siglos del cristianismo y muy extendida en el monacato, de leer individual o comunitariamente la Sagrada Escritura, acogida como Palabra de Dios y que se hace, bajo la moción del Espíritu Santo, siguiendo los pasos básicos de la meditación, la oración y la contemplación⁴⁹. Se trata, en efecto, de uno de los medios más eficaces para los fieles de recibir con mayor fruto la Palabra de Dios y traducirla en la vida. El Concilio Vaticano II había insistido mucho en la lectura asidua de la Sagrada Escritura, no sólo para los sacerdotes y los miembros de los Institutos de Vida Consagrada, sino también para los fieles laicos, invitándoles a adquirir, por medio de ella, el sublime conocimiento de Cristo (cf. DV 25; cf. Fl 3, 8). El Papa Benedicto XVI tiene en especial consideración la difusión de la *lectio divina* y para él es el punto decisivo con vistas a una renovación de la fe hoy. Ello aparece claramente en el mensaje dirigido a diversas categorías de personas, especialmente a los jóvenes.

Una forma de lectura de la Palabra de Dios marcada por la oración, aunque no coincide propiamente con la *lectio divina* es el *Oficio de lectura* de la Liturgia de las Horas, que busca esto mismo ya que "*se orienta a ofrecer al pueblo de Dios, y principalmente a quienes se han entregado al Señor con una consagración especial, una más abundante meditación de la Sagrada Escritura y de las mejores páginas de los autores espirituales*"⁵⁰. La celebración de esta hora del Oficio Divino, tan importante sobre todo en la vida monástica, realizada con el necesario sosiego y concentración, además de basarse en el carácter objetivo de la liturgia de la Iglesia, logra perfectamente los objetivos apuntados antes. No en vano se ofrece una esmerada selección de textos de toda la Biblia siguiendo el procedimiento de la lectura continua o semicontinua a lo largo del año litúrgico, a los que acompañan, como un eco y una clave para su asimilación, los responsorios, además del texto patrístico o hagiográfico, comentario muchas veces de la Palabra de Dios. Los sacerdotes tenemos en esta hora una ayuda valiosísima para nuestra vida espiritual y para la predicación, además de un deber de nuestro ministerio.

Lo indicado sobre el Oficio de lectura, tiene valor también para la totalidad de la Liturgia de las Horas. En efecto, es muy importante "*dentro de la relación Palabra-liturgia, la oración del Oficio Divino. La Liturgia de las Horas ha de ser asumida como lugar privilegiado de formación a la oración, especialmente gracias a los Salmos, en los cuales se manifiesta en modo evidente el carácter divino-humano de la Escritura. Los salmos enseñan a rezar conduciendo quien los canta o recita a escuchar, interiorizar e interpretar la Palabra de Dios*"⁵¹. En efecto, la plegaria de una comunidad o de un fiel cristiano, siguiendo la Biblia, y especialmente cuando usa los salmos y las lecturas de la Liturgia de las Horas es verdaderamente "*la voz de la Iglesia que habla con su Esposo, más aún, la plegaria que Cristo, con su cuerpo, eleva al Padre*" (SC 84).

19. Cómo hacer hoy la "lectura divina" de la Palabra de Dios

⁴⁹. La definición más certera de la *lectio divina* la ofrece la Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de 15-IV-1993, IV, C, 2. La asume también y la desarrolla el *Instrumentum laboris*, n. 38, con varias citas de Juan Pablo II y de Benedicto XVI; véanse las propuestas nn. 22 y 24, en *Proposiciones*, cit., pp. 902 y 903-904.

⁵⁰. Cf. *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, en el volumen I del *Oficio Divino*, n. 55. Véanse en el mismo documento los nn. 55-69 y 143-155, donde se explica la estructura y organización del *Oficio de lectura*.

⁵¹. Cf. *Instrumentum laboris*, n. 33; véase la propuesta n. 19, en *Proposiciones*, cit., pp. 900.

La *lectio divina*, tanto en particular como en grupo, se puede hacer siguiendo dos movimientos. El primero parte del texto para llegar a la transformación del corazón y de la vida, según el esquema clásico, ya insinuado: *lectura* (y relectura) del texto: ¿qué es lo que quiso decir Dios a través del autor sagrado?; *meditación*: ¿qué me dice Dios a mí –o a nosotros- en esta situación?; *oración*: diálogo con Dios desde el corazón; y *contemplación*: concentrarse en Dios en una atmósfera de gracia. El segundo parte de los hechos de vida para comprender su significado a la luz del mensaje de la Palabra de Dios, respondiendo a preguntas semejantes a estas: ¿cómo se manifiesta el Señor en este acontecimiento? ¿qué pide o espera a través de este hecho?, y tratando de verificar la autenticidad de las respuestas a la luz de los ejemplos y de las palabras del Señor o de sus enviados. Este segundo modo es semejante al conocido método del "*ver, juzgar y actuar*", pero en la *lectura divina* el acento está puesto no tanto en el análisis del hecho y en la actuación posterior, como en la intensidad de la reflexión y de la meditación sobre el mensaje de la Palabra de Dios.

Ambas formas de hacer *lectio divina* se completan mutuamente. La primera puede ser muy apta para la lectura personal, la segunda para la lectura en comunidad o para la reunión del grupo. Después, sobre todo en esta última modalidad, puede introducirse el diálogo e incluso el compromiso. Lo importante es acercarse personalmente a la Sagrada Escritura buscando en ella, con espíritu de fe y de oración, la Palabra de Dios, y con ella la luz, el bien, la alegría, el consuelo, la misericordia, la paz, etc.⁵². Porque, además de la lectura, existen otros medios, algunos muy decisivos hoy, tales como el arte, la cultura, los medios de comunicación social, etc. A todos ellos aludió también la XII Asamblea sinodal de 2008⁵³.

20. La Palabra de Dios y la vida de los hombres

Dos cuestiones pueden plantearse en relación con la *lectura divina* o *lectura creyente* de la Palabra de Dios. La primera es ¿de qué manera o en qué medida la Palabra de Dios se expresa y se traduce en la vida?; la segunda es semejante: ¿cómo interpretar la Escritura en el contexto de la vida? En efecto, "*la Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta la división del alma y del espíritu, hasta las conyunturas y la médula, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón*" (Hb 4,12). Todo lo que he querido recoger en esta carta pastoral, especialmente en la segunda parte, quiere poner de manifiesto la decisiva y saludable influencia de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia y en la existencia concreta de nuestras comunidades y aun de cada uno de los creyentes. El programa pastoral de 2009-2010 ha de contribuir a que todos, pastores y fieles, dejemos que la Palabra de Dios informe eficaz y efectivamente nuestra condición de miembros vivos de la Iglesia diocesana y, a la vez, de ciudadanos conscientes y responsables en medio del mundo.

¿De qué manera la Palabra de Dios se expresa y se traduce en la vida? No es cuestión solamente de reflexionar, a la luz del Evangelio y de toda la Sagrada Escritura, sobre los acontecimientos que ocurren, o de tratar de iluminar la existencia y las situaciones concretas con esa misma luz. La Palabra de Dios quiere introducirse en nuestras propias palabras, en nuestros pensamientos y deseos, en nuestras actitudes y en nuestra conducta. "*Las palabras que yo os digo, son espíritu y vida*" ha dicho el Señor (Jn

⁵². Como pedía el Sínodo diocesano de León: cf. *Sínodo*, 81, 1-4; 83, 1-6. Véanse también las propuestas nn. 33-35 elevadas al Papa, en *Proposiciones*, cit., pp. 911-912.

⁵³. Cf. *Instrumentum laboris*, nn. 38-41, en *Proposiciones*, cit., pp. 914-917.

6, 63). Por tanto, la Palabra divina, sin representar una intromisión en nuestra vida y menos aún una imposición, es como la lluvia suave que empapa la tierra y la hace fecunda (cf. Is 55, 10) o, como pone de manifiesto la parábola del sembrador, un verdadero don gratuito cuyo fruto va a depender de la calidad del “terreno” que lo acoge. Pero la Palabra de Dios no sólo interpela las conciencias y denuncia las situaciones del mal y del pecado, sino que sugiere caminos de conversión y de cambio de mentalidad y de conducta, tanto para las personas como para los grupos. Al mismo tiempo esa Palabra hace posible la comunión entre los mismos hombres.

Por eso, para que la semilla dé fruto, es preciso *"que la palabra de Cristo habite abundantemente en todos"* (Col 3, 16). Es decir, es indispensable que cada uno acoja de corazón la Palabra divina, se deje interpelar por ella y se deje fortalecer y estimular por ella. La comunicación posterior, en comunidad o en grupo, de la Palabra divina y de su acción interior, tendrá que estar presidida también por la fe, por la humildad, por la caridad y, en definitiva, por el propósito de construir la comunidad eclesial (cf. 1 Cor 14,4-5; Ef 4,12).

En cuanto a la segunda pregunta, ¿cómo interpretar la Escritura en el contexto de la vida?, siempre será necesario hacer una lectura respetuosa de los textos, teniendo en cuenta en la medida de lo posible las conclusiones de una exégesis seria y coherente con los principios de la sana hermenéutica, evitando tanto las lecturas fundamentalistas y moralizantes como el caer en el historicismo crítico que despoja a los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento de su condición de palabra inspirada por Dios y leída en la Iglesia teniendo en cuenta la unidad en Cristo de toda la Escritura, la tradición eclesial y la analogía de la fe (cf. DV 12)⁵⁴. Solamente por esta vía se llega a una verdadera interpretación personal y comunitaria de la Palabra de Dios, que tenga en cuenta las diversas situaciones humanas. Frente a interpelaciones urgentes del mundo, de los problemas sociales, de los jóvenes, de la educación, del trabajo, de la cultura, de la vida política, etc. nuestros cristianos y nuestras comunidades se quedan muchas veces mudos e impotentes, porque no están habituados a una confrontación en la que la referencia a la Palabra de Dios se entrelaza con la atención a la situación humana concreta contemplada en toda su complejidad y facetas.

Por eso se hace necesario buscar la luz del Espíritu humilde y sinceramente, sin pretender evidencias ni automatismos de la Palabra de Dios que, no obstante, es siempre *fuerza de Dios* para los creyentes (cf. 1 Cor 1,18). Es necesario también superar la tentación del comentario superficial y tratar de interpretar el mensaje de la Palabra divina trascendiendo los factores culturales, sociales y lingüísticos, en un esfuerzo por lograr el acercamiento al mensaje bíblico. En todo caso este debe conservar su carácter principal de buena noticia de salvación ofrecida por Dios, y ayudar a los creyentes a descubrir primero esa buena noticia y después a comprender las exigencias que se derivan de ella. En este sentido, cuando se trata de grupos eclesiales que se reúnen para leer y comentar juntos el Evangelio o las restantes Escrituras en una perspectiva de fe y de compromiso cristiano, es importante crear un clima de acogida comunitaria de la Palabra divina y, al mismo tiempo, de atención a las claves eclesiales de la interpretación bíblica apuntadas anteriormente. Porque todo lo referente a la interpretación de la Sagrada Escritura está sometido en última instancia a la autoridad de la Iglesia, *"que tiene el mandato y el ministerio divino de conservar e interpretar la Palabra de Dios"* (DV 12).

⁵⁴ Léase la intervención de S.S. Benedicto XVI en la XIV Congregación general, el 14-X-2008, de la pasada Asamblea sinodal: texto en BOO de sept.-oct. de 2008, pp. 861-863.

21. A modo de conclusión

Hasta aquí la reflexión de carácter doctrinal y práctico que he querido ofrecer al comienzo del curso pastoral 2009-2010, como apoyo y orientación de las diversas acciones se propongan desde los organismos diocesanos, los arciprestazgos, las parroquias, las comunidades y los grupos eclesiales en el ámbito de sus respectivas competencias. Para lograr un fruto mayor en la vida cristiana con la revalorización de la Palabra divina (cf. DV 26), que ha de venir, en primer lugar, de la energía operante del Espíritu Santo y de la vitalidad misma de la Palabra de Dios (cf. Jn 3, 63), pero que ha de encontrar una acogida generosa y activa en todos, sacerdotes, personas consagradas, agentes de pastoral y fieles laicos, permitidme concretar todavía algunas sugerencias e iniciativas.

1. En primer lugar *la conversión pastoral* para superar tanto la atonía o indiferencia ante el "don de Dios" que representa su Palabra de salvación en la Sagrada Escritura, como la ligereza y la superficialidad en programar actuaciones carentes de continuidad y de solidez. La misma Palabra de Dios nos revela que los caminos del Señor son misteriosos y que la actuación del hombre, si quiere unirse a la eficacia divina, debe recorrer un camino de paciencia y de adaptación de los propios criterios y actitudes a lo que propone el Señor.

2. En segundo lugar crear las condiciones para que todas las formas de *proclamación o enseñanza de la Palabra de Dios* se realicen con toda verdad y respeto, por las personas adecuadas y en los lugares establecidos. Esto contribuirá a revalorizar espontáneamente la importancia de la Sagrada Escritura en la catequesis, en la liturgia, en las diversas formas de predicación especialmente en la homilía, sin olvidar la lectura y estudio comunitario de la Biblia.

3. Para conocer en profundidad, usar con soltura e interpretar de acuerdo con el Espíritu con que fueron escritos (cf. DV 12) los textos de la Escritura que se usan en las lecturas litúrgicas, en los cantos, en la catequesis, en la homilía, etc., se requiere una adecuada *formación bíblica*, que ha de estar al alcance aun de los fieles más sencillos. Pero esta formación no se improvisa y ha de constituir una preocupación de los sacerdotes y de todos los educadores cristianos. Para poder impartir esta formación es indispensable que quienes han de darla, la posean ellos mismos en grado mayor. Intensifíquense, por tanto, los grupos de estudio y de lectura de la Palabra de Dios y provéase a las familias y a los fieles de ayudas oportunas.

4. Es muy importante también facilitar a las familias, a los niños y a los jóvenes, a los alumnos de religión, a los enfermos, etc. *ediciones asequibles de la Biblia*, o al menos del Nuevo Testamento o de los cuatro Evangelios, y que se estimule su lectura. En las escuelas de catequistas, en las reuniones de grupos apostólicos o de espiritualidad, en los cursos de formación de laicos, etc., es conveniente que la Palabra de Dios esté presente de manera constante, incluso significativamente, por medio del Leccionario litúrgico o de una edición completa a la que se acude para leer o comentar un texto. Así mismo es muy instructivo realizar la *"entrega de libro" de las Escrituras o del Evangelio* a los lectores litúrgicos y a los catequistas y a otros educadores cristianos cuando reciban su misión respectiva, como también a los que se preparan para la Primera Comunión, la Confirmación o el Matrimonio.

5. Estas y otras sugerencias no deben hacer olvidar *el imperativo misionero* que surge de todo anuncio o lectura de la Palabra de Dios. Cuando se ha producido un encuentro personal o comunitario con Cristo, el Señor resucitado que comunica el amor del Padre y da el Espíritu Santo, brota espontáneamente el mandato evangelizador que exige "*contar lo que se ha visto y oído*" (Lc 7,22; etc.): "*Ve y dile a mis hermanos...*" (Jn 20,17; cf. Mt 28,10). Cerca de nosotros hay muchos hombres y mujeres que ignoran el Evangelio de la salvación. Es necesario dárselo a conocer con la palabra y con el testimonio, de manera explícita y con toda verdad y sencillez.

22. Invitación en el Año sacerdotal

No quiero terminar esta Exhortación pastoral sin dirigirme especialmente a mis hermanos los presbíteros diocesanos, tanto seculares como religiosos, teniendo en cuenta lo que nos pide el **Año sacerdotal** como una llamada a la comunión eclesial y a la revitalización de nuestra vida espiritual, para percibir *la nueva primavera que el Espíritu está suscitando en nuestros días en la Iglesia*⁵⁵.

En su *Carta de convocatoria* de este año jubilar, dirigida a todos los sacerdotes, nos invitaba el Papa Benedicto XVI a edificar a nuestro pueblo con la Palabra de Dios y con los sacramentos, a imitación de San Pablo y del Santo Cura de Ars, modelo y protector de todos nosotros y en particular de los párrocos. Para ello recordaba la necesidad de que nos distingamos por un *vigoroso testimonio evangélico*, citando a Pablo VI cuando aludía a al hecho de que "*el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio*" (*Evang. nuntiandi*, 41). Y añadía Benedicto XVI: "*Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, comprometiendo con ello la eficacia de nuestro ministerio, debemos preguntarnos constantemente: ¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?*"⁵⁶.

Queridos presbíteros: os invito a asumir con gratitud al Señor, con alegría y con responsabilidad vuestra condición de *ministros de la Palabra de Dios* y partícipes, en virtud del sacramento del Orden, de la misión profética de Cristo y de la Iglesia. Nuestra familiaridad con la Palabra divina ha de ser necesariamente mayor que la de los demás fieles. Debemos acercarnos a las Sagradas Escrituras con un corazón dócil y con espíritu de fe y de oración. En modo alguno somos los dueños de la Palabra divina sino sus ministros y los servidores del pueblo de Dios, que tiene derecho a esperar de nosotros no nuestra propia sabiduría sino esa misma Palabra junto con la llamada a la conversión y a la santidad (cf. PO 4)⁵⁷.

"*Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen*" (Lc 11, 28; cf. Jn 13,17). Esto lo dijo el Señor de todos los que siempre se han esforzado en acoger con fe y

⁵⁵. Benedicto XVI *Carta del Papa a los sacerdotes*, de 16-VI-2009, en BOO mayo-junio 2009, p. 566.

⁵⁶. *Ib.*, p. 564. Véase también la homilía del Papa en la celebración de apertura del Año sacerdotal, en "Ecclesia" 3473 (2009) 1017-1018.

⁵⁷. Véanse S.S. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, de 25-III-1992, n. 26; y Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, de 31-I-1994, nn. 45-47.

con el ánimo dispuesto la Palabra divina. Entre todos ha sobresalido la Santísima Virgen María, que mereció oír también: "*Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá*" (Lc 1,45; cf. 1,38). A Ella, *Virgen oyente y orante*, confío el *Plan pastoral diocesano 2009-2014*, el programa y el fruto del próximo curso, y esta Carta.

León, 11 de julio de 2009
Fiesta de San Benito
+ Julián, Obispo de León.